

## 3.2 NIÑOS TESTIGOS DE LA VIOLENCIA DOMÉSTICA. ESTELA WELLDON\*

---

### Algunos escenarios familiares

Mientras escribía este texto para una conferencia en un congreso en Florencia, me llamaba la atención lo paralizada que me sentía, considerando mi muy extensa experiencia clínica sobre el abuso en la familia, y específicamente con los victimarios y víctimas de incesto. Necesitaba revisar las historias de mis pacientes desde otro ángulo diferente para entender las complejidades y consecuencias ligadas al hecho de ser testigos de la violencia doméstica, pero no podía aclarar mis pensamientos, estaba confundida. Llegué a asociar mi ansiedad con dos experiencias recientes, que no estaban relacionadas con mi trabajo clínico sino con mi vida cotidiana.

La primera se refería a un almuerzo con tres amigas. Las cuatro estábamos intercambiando puntos de vista sobre nuestras vidas. Una de ellas, una prestigiosa escritora feminista, famosa, inteligente, rica, chic, cuyos escritos yo siempre había admirado nos comentó, con un tono de voz desapasionado y amargo, de las constantes y malignas peleas diarias que ella había mantenido con su esposo hasta el momento del divorcio, que nunca habían alcanzado la violencia física. Esto había ocurrido veinte años antes y que ella suponía que estas escenas domésticas habían impedido a sus hijos, de 41 y 43 años de edad, que logran relaciones comprometidas y amorosas. Para mí fue una revelación impactante porque ella todavía seguía reviviendo estas terribles experiencias y era consciente del daño emocional que había producido en sus hijos.

La segunda fue unas semanas más tarde cuando estuve cenando con amigos muy cercanos, una pareja de mediana edad, su

hija adolescente y una tía de la esposa. Hacia el final de la cena, el marido y la esposa comenzaron una serie de espantosos altercados por insignificancias que parecían no terminar nunca y que estaban teñidos con mucha amargura y sarcasmo. No fue algo llamativo porque ya había sido testigo de sus constantes peleas, pero esta vez me sentí muy molesta e incapaz de reaccionar y además me alarmé cuando la tía compartió conmigo su preocupación sobre esta conducta abusiva y el posible efecto sobre el futuro de la hija.

Recién en ese momento tomé conciencia de algo, de cómo nunca había considerado que las constantes peleas de sus padres pudiesen afectar la futura vida emocional de la hija.

Comprendí entonces que la resistencia para escribir esa conferencia estaba estrechamente relacionada con el hecho de que yo también había sido testigo de mucha violencia doméstica, bajo la forma de abuso verbal entre mis padres, cuando era niña. No hay duda que los conflictos, desacuerdos y diferencias de opinión de la vida compartida provocan fácilmente tensiones. Esto es parte de la vida corriente, y nosotros como adultos estamos acostumbrados a ello, tanto que a veces podemos no darnos cuenta de las consecuencias emocionales sobre nuestros niños.

A veces las tensiones familiares se expresan en actitudes de enojo, las que fácilmente pueden escalar al abuso verbal. Las burlas y los señalamientos despectivos son experimentados como situaciones profundamente degradantes. El enojo y la humillación se convierten en una inmediata y voraz demanda de venganza violenta. Sin duda, la humillación es siempre precursora de

la violencia. Volveré sobre este tema con más detalles más adelante.

### **Algunas definiciones**

Cuando observamos las más recientes definiciones de violencia doméstica todas incluyen el abuso verbal como una de las formas de abuso que produce efectos de corto y largo plazo en los niños que son testigos de ella. Por ejemplo, la definición de violencia doméstica utilizada por el Metropolitan Police Service (MPS) en Gran Bretaña es: “Cualquier incidente de conducta amenazadora, violencia o abuso (psicológico, físico, sexual, financiero o emocional) entre adultos que han sido o son miembros de una familia, o compañeros íntimos, independientemente del género”.

Ellos informan que aproximadamente el 95% de la violencia doméstica es ejercida sobre la pareja, ex pareja o miembro inmediato de la familia, como el padre, la madre, la hija o el hijo. La mayoría de los incidentes de violencia doméstica denunciados al MPS son llevados a cabo por hombres sobre víctimas femeninas.

Al mismo tiempo, el MPS reconoce el hecho de que la violencia doméstica ocurre también con mujeres victimarias sobre víctimas hombres y dentro de relaciones del mismo sexo. La estrategia hacia la violencia doméstica del MPS es la de identificar y dirigirse a las necesidades de todos los que intervienen en la misma.

Tenemos otra definición, de Bárbara Hart, una experta canadiense: “Muchas víctimas sufren todas formas de abuso. El abuso verbal y emocional puede ser más sutil que el daño físico, pero esto no significa que es menos destructivo para las víctimas. Muchos han dicho que las cicatrices emocionales llevan mucho más tiempo para curarse que los huesos rotos” (citado en Deb., 2006, p.3). Por lo tanto, si incluimos el abuso verbal entre dos miembros de una pareja, tenemos que admitir que lejos de considerar la violencia doméstica

como una rareza, hay que considerar que es un hecho inevitable y parte de nuestro desarrollo emocional. Se podría argumentar que lo que necesitamos es establecer el delicado límite entre su necesidad, como algo frecuente y el momento en que se convierte en dañina.

### **Efectos en los niños**

Existen varios estudios importantes de psiquiatras de niños referidos a la violencia doméstica y sus efectos en los niños, y hay mucha controversia sobre este tema. Edleson y Syers (1990) plantean algunos problemas metodológicos, incluyendo las dificultades de la definición – cómo diferenciar entre ser un testigo y ser una víctima del maltrato – Ellos ofrecen una amplia e inclusiva revisión de la literatura, señalando grandes diferencias en los hallazgos de las investigaciones. Opinan que definir automáticamente el ser testigo como si fuese maltrato es un error, en la medida que una gran cantidad de niños estudiados no mostraron problemas de desarrollo negativos y en algunos se evidenció una mayor habilidad para manejarse con los problemas. Jaffe, Hurley y Wolfe (1990), por ejemplo, muestran que hay niños que presentaban pocos síntomas negativos, y que inclusive mostraron una capacidad social más alta en comparación con otros.

Como muchos de estos estudios fueron llevados a cabo en refugios o con mujeres golpeadas que habían sido apartadas con sus hijos de sus parejas masculinas, se puso más el acento a la relación madre hijo, y en recabar pocos datos sobre la relación padre hijo. Fantuzzo y Lindquist (1989) sugieren que son múltiples los factores de stress asociados con el hecho de tener que dejar sus hogares para ir a un refugio. Wolak y Finkelhor (1988), en su importante estudio sobre niños expuestos a la violencia de la pareja, describen las amplias implicaciones que esto puede tener en todos los miembros de la familia, y brindan una guía

verdaderamente útil para los clínicos que tratan a los niños y también a los miembros adultos de la familia.

Tendré en cuenta, no solamente la evidencia clínica de mi trabajo con pacientes adultos violentos, sino también discusiones con colegas y el compartir nuestros antecedentes biográficos, que incluyen el haber sido testigos de violencia doméstica. Espero poder mostrar que hay muchas variables, entre ellas diferentes niveles de exposición al hecho de ser testigo de la violencia, distintas estrategias para lidiar con ellas y diferentes resultados. Se debe mencionar también la posibilidad de transformación del trauma en un aspecto positivo.

### **La humillación como precursora de la violencia**

El maravilloso libro de James Gilligan, *Violence*, (1996) comienza con un conmovedor párrafo

“He elegido comenzar con una historia que conozco –y conozco profundamente- en parte porque esta historia familiar plantea muchos de los temas que discutiré en este libro: el tema de la violencia familiar; las relaciones entre diferentes naciones y razas; mujeres y hombres, jóvenes y viejos; cuestiones acerca de la justicia y la moralidad, el crimen y el castigo, la culpabilidad y la inocencia, la vergüenza y el orgullo, víctimas y victimarios, y como sombreando todos estos temas, la absoluta tragedia humana que es la violencia”.

### **Continúa:**

“Para un psiquiatra, comenzar un libro sobre la violencia desde la historia de su propia familia es decir, tan simplemente como pueda, que la violencia, como la caridad, comienza en el hogar. El uso de la violencia como medio de

resolución de conflictos entre personas, grupos y naciones es una estrategia que aprendemos primero en el hogar. Toda la resolución de nuestros problemas básicos, la exacerbación de los problemas y las estrategias de creación de problemas, para vivir y morir, son aprendidos primero en el hogar. La violencia humana es mucho más complicada, ambigua y sobre todo, trágica, de lo que habitualmente se tiene noción o conocimiento. (p. 1)”.

Nos describe, vívida y bellamente, una serie de incidentes violentos que tuvieron lugar mucho tiempo atrás en Nebraska. Lo relata como una parábola de la destructividad y violencia familiar, que llega al homicidio y la desaparición de varios miembros de la familia. Está escrito de tal forma que no da lugar al histrionismo ni al sentimentalismo. Es poético describiendo el clima afectivo, las dudas y tormentos por las que atraviesa la familia y revela que estos incidentes son parte de la vida de su propia familia, dos generaciones atrás. Esta confesión, de que la violencia fue parte de su propia familia, fue una sorpresa para mí y pensé en el coraje que tuvo para hacerla. Pero, ¿por qué lo pensé como un acto de coraje? En ese momento asocié con mi familia y experiencias de mi infancia, el haber sido testigo de constantes peleas de mis padres sobre las cosas más triviales. Me sentí avergonzada ya que no hubiese tenido el coraje de hablar de estas espantosas experiencias.

¿Por qué la vergüenza – si es que yo no me sentía responsable, al menos en parte, de lo que ocurría?

### **Vergüenza y remordimiento**

Pienso que es muy útil hacer la distinción entre lo que es la vergüenza y el remordimiento, y cómo están fuertemente asociados de manera diferente en víctimas y victimarios. La vergüenza está asociada, con

frecuencia, con haber sido testigo de la violencia familiar, mientras que el remordimiento, por lo general, es experimentado por los victimarios. La vergüenza está enfocada en los sentimientos de impotencia y falta de control del testigo, y tiene un poderoso impacto, especialmente en los niños involucrados. Black y Newman (1996) también reconocieron que las víctimas experimentan un sentimiento de vergüenza y humillación y un deseo de mantener el abuso en secreto frente a otros, recordándonos el sentimiento de entrapamiento descrito por Finkelhor (1983).

Otro impacto subjetivo ocurrió mientras presenciaba la ópera de Britten: *The rape of Lucrecia* (La violación de Lucrecia), basada en la Historia de la Antigua Roma, de Livio. Lucrecia es despertada por uno de los amigos de su esposo, que la viola a pesar de sus ruegos para que se detenga. Llama a su padre y a su esposo y cuando llegan, acompañados por dos amigos fieles, está abrumada por el dolor. Describe lo que le pasó y les habla de su devastador sentimiento de culpa. Los cuatro hombres tratan de consolarla tratando de que no se sienta culposa ya que ella fue la víctima y le dicen que es la mente la que peca, no el cuerpo, y que cuando no hubo consentimiento no hay culpa. Sin embargo, lo que Lucrecia está experimentando realmente no es culpa sino vergüenza, y la única forma en que puede redimirse a sus propios ojos es quitándose la vida.

Shakespeare explora el mismo tema en su poema *The Rape of Lucrece*. Los escritores de esa época veían la violación en términos de lujuria, aunque también había algunos que lo pensaban como la destrucción del objeto de la envidia.

Hoy pensamos que la violación, especialmente la violación de la mujer por parte del hombre, tiene mucho más que ver con el poder que con el sexo. Desde mi punto de vista, y al haber investigado extensamente acerca de la violencia de la mujer hacia sí

misma y hacia sus propios bebés (los objetos de su propia creación), la auto destrucción de Lucrecia es una sombría corroboración. Demuestra cómo el trauma golpea no sólo la sexualidad de la mujer sino también su sentimiento de identidad, cómo la violencia puede llevar a la violencia, dirigida no sólo hacia fuera sino hacia adentro, hacia la auto mutilación y la muerte. Esto está claramente demostrado en la Lucrecia de Shakespeare “con sus uñas desgarró su carne”.

### **Poder y violencia doméstica**

Todos los clínicos e investigadores están de acuerdo en que la violencia doméstica involucra el abuso de poder. Por eso con más frecuencia es ejercida contra mujeres y niños. Sin embargo, lo que puede aparecer como actos ejercidos por los fuertes contra los débiles, muchas veces son llevados a cabo como intentos por parte de los abusadores de compensar su “percepción de falta o pérdida de poder” (Black y Newman, 1996). Por ejemplo, la violación de Lucrecia fue llevada a cabo por Sextus Tarquinio, quien estaba colmado de vergüenza por la infidelidad de su esposa y envidioso de Collatino, esposo de Lucrecia, quien no solo era hermosa sino también virtuosa y fiel.

Según Motz (2001), los clínicos se muestran reacios a explorar el rol de la víctima o su participación, por temor a ser rotulados como culpabilizándolas por el abuso cometido: “la relación entre el abusador y la víctima es de tal tipo que los dos juegan una parte activa”. La autora considera que el abusador trata de crear una ilusión de omnipotencia para compensar sus propios sentimientos de inadecuación y desvalimiento, los que inconscientemente proyecta sobre su víctima. La víctima, en este interjuego, introyecta e internaliza sus sentimientos de inadecuación y desprecio y se deprime mucho más. El abusador se convierte en dependiente de la devoción de su víctima para sostener y

estabilizar su propia auto estima. La víctima representa inconcientemente otras figuras de su historia temprana, tal como una madre poderosa, dominadora y despreciativa. Motz afirma, con sensibilidad, que “El abusador proyecta su imagen de mujeres rechazantes y negligentes sobre su pareja, y es extremadamente sensible hacia cualquier aspecto de la separación... con frecuencia tuvo una experiencia temprana de haber sido testigo de la violencia parental y aprendió que los padres golpean a las madres, que la preocupación y el compromiso emocional son expresados a través de la violencia”. El rol inconsciente asumido, por ambos miembros de la pareja, facilita un patrón repetitivo: estar involucrado en una relación abusiva y de difícil, si no imposible, capacidad de establecer otro tipo de vínculo sin ayuda profesional.

El ciclo de violencia se hace transgeneracional. Al discutir la dinámica de la violencia de alguien de la pareja, Kaufman Cantor y Jasinski (1998) mencionan que muchas señales de riesgo en las familias de origen de los miembros de una pareja están entrelazadas en esta dinámica y pueden ser transmitidas a las futuras generaciones. Estamos en el terreno de la exposición al abuso, al alcoholismo y a estilos de personalidad hostil o depresivo de los padres. También describen una profunda vergüenza y humillación en las víctimas y un deseo de mantener este abuso en secreto, con un sentimiento de estar atrapado en el sistema, en la medida en que hay un conocimiento inconsciente de ser parte de él.

### **Algunos prejuicios y mitos**

La forma en que la investigación se ha llevado a cabo en esta área revela más acerca de nuestros prejuicios que informes realistas sobre la violencia familiar. Considero que refleja, en parte, nuestras resistencias

inconcientes en aceptar hechos dolorosos que desafían nuestros estereotipos y prejuicios.

En primer lugar, muchos cuestionarios están diseñados preguntando si los sujetos han tenido alguna vez alguna experiencia de violencia doméstica, y esto los inhibe para “develar” información. Considero que es necesario revertir esta forma de pensar, que tienden a convalidar la evitación y la resistencia, para que podamos descubrir casos no informados con anterioridad. (Las estadísticas muestran claramente que cuando la violencia doméstica se mantiene oculta, habitualmente se incrementa su frecuencia y severidad). Debemos diseñar preguntas relacionadas no con la presencia sino con la ausencia de violencia doméstica. Creo que su ausencia es mucho más infrecuente que su presencia.

En segundo lugar, generalmente se asume que la violencia doméstica existe solamente en las clases trabajadoras bajas, que sería generada por el desempleo y los problemas económicos. Sin embargo, hay factores internos – tales como lazos traumáticos y una historia en la que la mujer ha sido desvalorizada – que no están ligados con lo económico. Tales mujeres pueden ser incapaces de tener una alta autoestima y tal vez, inclusive por su “mejor” clase social, pueden sentirse incapaces de informar a causa del orgullo, vergüenza y el temor de dañar a sus hijos, suponiendo que los niños sufrirán rechazo en el colegio por parte de sus pares, y sintiendo, tal vez, la amenaza de que no puedan continuar realizando una costosa educación privada.

La aparente aquiescencia de una mujer hacia las demandas de su pareja masculina, la aceptación de sus observaciones sarcásticas, y su constante denigración hacen recordar la relación entre el secuestrado y su torturador. Este fenómeno ha sido descrito con agudeza y sensibilidad, desde el punto de vista legal, por la jurista Helena Kennedy (1992, p. 101) en su libro *Eve was framed* (Eva fue incriminada), en

el que también afirma que “entender la violencia doméstica es un desafío para las tribunales de justicia.

La relación de poder desigual entre abusado y abusador me lleva a otro mito – que son siempre las mujeres las víctimas y los hombres los victimarios. Aunque esto puede ser verdad en la mayoría de los casos, de ninguna manera es universal.

Aún cuando en términos generales los hombres están a cargo del poder público, las mujeres, habitualmente, están a cargo del poder doméstico. Esta división afecta tanto a los individuos como a la sociedad en general. Al considerarlas como víctimas, son tratadas con sedantes. Los hombres, al ser vistos como los victimarios, están enfrentados con la penalización y el castigo. Con respecto a esta conexión, fue muy estimulante encontrar un estudio titulado *Partner violence: a comprehensive review of 20 years of research*, de Jasinski y Williams (1998), en el que ellos describen las investigaciones actuales acerca de las dinámicas y patrones de la violencia familiar, los tipos de abuso, y las mayores señales de riesgo: el ciclo de la violencia asociado con el síndrome de la mujer golpeada puede ser típico solamente de la forma más severa de violencia íntima. La agresión por parte de mujeres, aunque menos estudiada que la agresión por parte de los hombres, difiere con relación a la mayor incidencia de daños físicos y psicológicos experimentados por mujeres víctimas, comparados con las víctimas masculinas. Las mujeres también aparecen teniendo un riesgo mayor en un sistema de victimización que incluye formas de abuso físico, sexual, emocional y económico. (p. 41)

### **Violencia femenina**

La violencia femenina existe, aunque, como dije antes, aparece con formas diferentes de la de los hombres. Gilligan describe que en

ambos, mujeres y hombres, la violencia emerge como resultado de la vergüenza y del ser sometido a la humillación. Sin embargo, casi siempre los hombres atacan un objeto externo y las mujeres tienden a infligirse un daño a ellas mismas. Esto ha sido investigado y documentado en el rico y completo libro de Anna Motz, *The Psychology of Female Violence*.

La aparición de la violencia femenina con frecuencia es desencadenada por circunstancias en las que tempranos y tal vez “olvidados” acontecimientos han sido reactivados. Los orígenes de estos disturbios pueden ser muy lejanos como el nacimiento del hijo. Si nació niña y el género no fue bienvenido por la familia aparece en el vínculo un sentimiento de decepción que, obviamente afecta en forma grave la relación entre la madre y la bebé. Por otro lado, si el bebe nacido fue un niño mientras se esperaba una niña, la decepción de la madre puede dar comienzo a un cambio en la vestimenta del niño como niña. Aunque esto se realice en forma involuntaria e inconsciente, es un acto violento realizado contra el niño con serias consecuencias para su futuro desarrollo emocional.

Debemos tener presente que las mujeres pueden sentirse, simultáneamente, poderosas e impotentes en el contacto con sus niños. No es difícil imaginar el escenario: un hombre enojado que va a su trabajo y deja a su mujer cada mañana luego de una amarga discusión. Ésta se siente humillada, frustrada e incapaz de hacer frente a las crecientes demandas de sus hijos. Al estar abrumada y necesitada de expresar su enojo, lo demuestra hacia aquellos que son más débiles e incapaces de defenderse, desquitándose con sus hijos. Este escenario común, con frecuencia no es reconocido o es ignorado por la madre lo que imposibilita obtener ayuda profesional.

Necesitamos más recursos apropiados para las madres y sus bebés, para prevenir los abusos del poder doméstico, que causan

dolor, sufrimiento y malestar, tanto a las madres y sus bebés como a la sociedad en general, a largo plazo.

### **La familia como sistema: ¿por qué nace un niño?**

Ya no podemos pensar en los miembros de la familia en términos aislados sino como parte de un sistema. Un sistema familiar de varias generaciones, responsable de su propia dinámica y su propia disfunción. A veces esa madre y ese padre se han encontrado y siguen juntos conducidos, en forma inconciente, por una especie de radar. Pueden haber padecido experiencias familiares en las que la violencia doméstica era la norma. Se actúa, muchas veces, inducidos por situaciones no visibles que requieren comprensión si queremos romper el ciclo de violencia.

Por lo general nunca se les ocurre a los clínicos preguntar a los padres las razones que los llevaron a concebir a ese determinado niño. Se da por supuesto que todas las parejas desean tener hijos, pero podemos descubrir todo tipo de motivos ilusorios, extravagantes alrededor del nacimiento de un bebé. Por ejemplo, el bebé puede ser concebido para que sea terapeuta de pareja o colocar en él la expectativa de resucitar una relación muerta, que pueda borrar conflictos en la pareja marital. El hijo o la hija también pueden ser expresión de venganza, especialmente en mujeres que se sienten disminuidas por una pareja masculina arrogante y despectiva. Por supuesto no siempre estas expectativas se cumplen. Luego de un período inicial de novedad y excitación acerca del recién llegado, la pareja experimenta primero una desilusión y con frecuencia el niño se convierte luego en el blanco de su rabia y frustración. Después de todo, la solución milagrosa no ha funcionado y ¿A quién hay que culpar por eso? ¿De quién es el fracaso?

Las recriminaciones son moneda corriente y aunque el niño puede aparecer como un espectador gratuito de la violencia doméstica, en realidad es parte constitutiva de este sistema disfuncional, si lo entendemos desde sus raíces inconcientes. A veces los niños, sin tomar conciencia de esto, tratan de responder de una manera complementaria a las expectativas de los padres, y adquieren una función de ser los padres de sus propios padres. Intentan salvar la relación de sus padres y tratan de obtener ayuda, lo que muchas veces no se logra o no es abordado en forma seria. Esto último puede generar un sentimiento de profundo desamparo, que aparece al enfrentar situaciones similares y entonces irrumpe la violencia. Así como en otros momentos pueden tratar de destruir la pareja, de una forma casi edípica, excluyendo a uno de los miembros de la pareja y casi “ofreciéndose” como pareja sexual. Esto tiene consecuencias devastadoras en la medida que el niño fácilmente puede convertirse en víctima del incesto, con los problemas agregados de excitación insalubre, vergüenza y culpa.

Todos hemos sido receptores de estas experiencias. Por ejemplo mientras miramos películas con contenido de violencia somos “testigos de la violencia” de diferentes maneras que nos evocan distintas respuestas. Podemos ser activos y hacer algo sobre las imágenes en la pantalla que nos están afectando, como cubrirnos los ojos o inclusive abandonar el cine. Sin embargo, en otros momentos reaccionamos de modo muy excitado, identificándonos con diferentes protagonistas.

Es útil no ver a estos niños simplemente como víctimas pasivas. En realidad necesitamos observar sus desconocidas, invisibles e inconcientes contribuciones a sus propios problemas. Para poder comprender acerca del futuro de los niños que son testigos de la violencia doméstica, debemos ver las raíces del problema, las formas en las que el

sistema familiar estaba preparado para generara un modelo que facilite la perpetuación de la violencia familiar.

### **Factores precipitantes en la violencia doméstica**

Además de los factores sociológicos – empleo, pobreza y demás- hay otros que afectan profundamente la dinámica familiar y son proclives a producir violencia.

Un análisis de las señales de riesgo a lo largo de la vida mostró que las tasas de violencia en la intimidad se incrementan durante el noviazgo y el comienzo del matrimonio, embarazo, separación y divorcio (Jasinski & Williams, 1998). Es interesante notar que no están mencionadas las pérdidas, ya que sabemos que son eventos que alteran el curso de la vida y que pueden amenazar el “ambiente suficientemente contenedor”. La inesperada muerte de un hijo o hija tiene un profundo efecto en la vida de los padres dolientes, y el sentimiento de violencia y violación inherente a la experiencia de la muerte puede alienar la dinámica de la más sólida familia. Los padres se rinden a un sentimiento de impotencia y dolor emocional que los paraliza o les produce silencio, mutuas recriminaciones, vergüenza y aislamiento, todo esto a pesar de sus esfuerzos concientes por actuar de una forma civilizada. Hay un incremento de la vulnerabilidad y la sensación de estar fuera de auto control, que provocan sentimientos de inutilidad, impotencia y humillación.

### **Las consecuencias de ser testigo de la violencia doméstica**

Estas pueden ser de corto plazo y temporales, o pueden tener efectos mucho más prolongados. Los testigos de la violencia pueden padecer de recuerdos intrusivos o retrospectivos, ansiedad de separación,

agresividad e hiperactividad, desapego emocional y otros problemas, ya sea en el momento o a posteriori. Además es un factor de riesgo para convertirse en un abusador de niños. La exposición a la violencia como co-víctima está directamente relacionada con la aceptación y uso de la violencia.

Según Wolak y Finkelhor (1988), los niños expuestos a violencia marital experimentan una influencia tanto directa como indirecta. De los primeros efectos, los autores incluyen el sufrimiento de la agresión, crueldad hacia animales, pesadillas, actuaciones, inmadurez, haraganería, delincuencia y desorden de déficit de atención. También nos dicen que los niños crecen confundidos acerca de los significados del amor, la violencia y la intimidad. Los efectos indirectos incluyen stress materno, en el sentido de que las madres victimizadas son incapaces de responder adecuadamente a las preocupaciones y temores de sus hijos.

De acuerdo a mis hallazgos clínicos, me he dado cuenta que algunos testigos de la violencia doméstica pueden ser conducidos a actuar con patrones sado-masoquistas. Este fue el caso de un paciente que entrevisté hace muchos años, que solía involucrarse en acciones masoquistas severas. Se exponía a sufrimientos corporales auto infligidos, siendo sus genitales la zona preferida para infligirse dolor. Comenzó a darse cuenta que se le agregaba una sensación de excitación si su humillación, una especie de castración simbólica, se realizaba en público. Se hizo miembro de un club sado masoquista (S&M) con el objetivo de participar en competencias semanales y de esta manera entretener a una audiencia cautiva y cautivada. Evalué que podía continuar con estas acciones auto destructivas más adelante pero cuando advirtió mi preocupación, negó con fuerza cualquier sufrimiento. Solo concurrió dos o tres entrevistas, en forma petulante me dijo que, como había conocido a muchas personas en ese medio, se había dado cuenta que su

conducta era sólo una práctica normal “alternativa”. Concurría a clubs y también a lugares privados de “profesionales como usted” donde estos actos de sadismo sexual en grupos, con continuos cambios de parejas eran una práctica usual. También me comentó que por primera vez en su vida estaba experimentando un gran sentimiento de elación y de libertad interior.

Su historia temprana había sido caracterizada como la de un “mirón” de las constantes peleas y altercados de sus padres, frente a las que no había podido defenderse. Le resultaba imposible ver la conexión entre el insoportable dolor del pasado y su complicado presente. En cambio, había elaborado la creencia de su libertad en virtud de ser un participante “activo” en el daño infligido. Para él, era más manejable seguir repitiendo estas experiencias, sobre las que tenía un cierto grado de control, que atravesar el proceso de la psicoterapia, y enfrentarse con una figura desconocida sobre el extremo sufrimiento emocional de su propia vida. La necesidad de ser mirado por otros, aspectos voyeuristas y exhibicionistas, con frecuencia están presentes en personas que durante su niñez han sido testigos de violencia doméstica. Se convierten así en actores de un espacio abierto, desplegando su dolor emocional de una manera organizada y sistemática, y con una modalidad maníaca.

### **Sobre la posibilidad de transformación del trauma**

Desearía concluir con un sesgo optimista. En el ciclo de la violencia existe la posibilidad real de que aquellos que fueron afectados continúen con un patrón similar en sus propias vidas, a menudo convirtiéndose en victimarios. Pero hay por supuesto factores desconocidos, como la resiliencia o las estrategias para superarla, que son variables en cada caso. Es así que no todos los que hemos sido testigos de violencia doméstica hemos llegado a ser

victimarios. De hecho, esas experiencias pueden haber sido responsables del estímulo para actuar en otras direcciones, como tratar de comprender los mecanismos de la violencia. Obviamente este ha sido el caso de James Gilligan, cuya vida profesional está dedicada a la comprensión de la violencia, tal vez como un intento por entender a sus propios antepasados. En cuanto a mí, conciente o inconcientemente traté de distanciarme en alguna medida de mi propia experiencia como testigo, y en cambio traté de entender otros aspectos más severos de la violencia, como el abuso físico y sexual en familias y qué es lo que hace que un victimario se convierta en tal.

Es obvio que para los clínicos, la elección de una profesión tan difícil como la psicoterapia forense revela la presencia de desafíos previos en sus vidas personales. Por ejemplo, con frecuencia he notado fantasías de rescate y deseos de reparación en personas que se comprometen con este tipo de trabajo. Es entonces cuando me pregunto: ¿todos ellos experimentaron algún tipo de trauma emocional que conciente o inconcientemente sienten la necesidad de metabolizar? ¿Cuántos de nosotros que ejercemos esta profesión experimentamos no solo severas pérdidas traumáticas, sino también un gran sentimiento de desamparo e impotencia al tener que manejarnos con los disturbios familiares, que han creado un deseo de reparación? Hay una necesidad de conseguir un sentimiento de justicia hacia lo que se sintió como un dolor infligido, desde adentro hacia fuera, sobre el que no se tuvo control. En este terreno, el darse cuenta de los procesos inconscientes es crucial. Debemos ser suficientemente humildes para reconocer la importancia de los factores externos y no sólo los internos. En algunos momentos nos sentimos, tal como nuestros pacientes se sienten todo el tiempo, demasiado heridos para ajustarnos a un desarrollo “normativo” o demasiado enojados para comprometernos y establecernos en lo que sería considerado una

profesión más segura y dócil. También pensé si estas profesiones más “seguras” nos hubieran dejado frustrados e irritados: quizás las hubiéramos encontrado “fútiles” o “triviales”. Puede ser que nuestra necesidad de estar en lugares límites es lo que nos hace posible creer que nuestras vidas valen la pena.

Esta afirmación puede parecer un tanto pretenciosa, pero discutir este tema personal con amigos, colegas y estudiantes me brindó cierta evidencia de que esto es una verdad compartida. Es también posible que, a diferencia de nuestros pacientes, hayamos tenido algunas experiencias “suficientemente buenas” para “permitirnos” esta elección desde adentro. Es así que nos organizamos para trabajar en un ambiente considerado por la mayoría como arriesgado y en el que podemos estar expuestos a repentinos estallidos de violencia. ¿Son capaces nuestros pacientes de sentir nuestra vulnerabilidad y propensión a la violencia? A veces somos bastante afortunados en utilizar nuestros impulsos violentos de manera creativa, y es así como podemos comunicarnos con ellos.

En contraste, los pacientes que provienen del ámbito judicial se sienten “empujados” hacia una vida de venganza y odio para hacer justicia, por una falta de elecciones a causa de traumas muy numerosos o demasiado brutales, emparejados con circunstancias adversas recurrentes, privación emocional y negligencia inmanejable. Es así que la auto

destruccion guía su identidad, perpetuando la falta de cuidado que tuvieron al comienzo de sus vidas. Este aspecto, obvio con frecuencia, es subestimado, incomprendido y aún ignorado no solamente por quienes los rodean sino también por ellos mismos.

El trauma y la violencia están asociados, con frecuencia, en forma negativa, con cualidades consideradas destructivas. Pienso que también hay elementos positivos en ambos. Los traumas pueden generar una enorme cantidad de energía creativa, que puede permanecer oculta por siempre, si no se plantean como un desafío. Si se aprende el cómo se sobrevive al trauma y a la violencia, pueden surgir oportunidades para el crecimiento psicológico en tiempos de adversidad. Los estallidos de violencia también pueden ser considerados como intentos de un nuevo comienzo, abriendo nuevas posibilidades.

El trauma y la violencia tienen el potencial de la destructividad, pero también el del crecimiento emocional. La experiencia de haberse recobrado pudiendo manejar exitosamente el desamparo y las amenazas de la vida pueden desencadenar un sentimiento de dominio, de capacidad para establecer seguridad y contención. Nuestras vidas se enriquecen a través de la integración de los traumas cuando hemos sobrevivido efectivamente serias amenazas a nuestra identidad y hemos surgido como un todo y no en forma fragmentaria.



\* **Sobre la Autora** La Dra. Welldon es médica psiquiatra y psicoanalista, nacida en Mendoza, Argentina, donde realizó sus estudios en la Universidad nacional de Cuyo. Es consultora honoraria en Psicoterapia en la Portan y Tavistock Clinic, Londres. Ejerce su labor privada como psicoterapeuta psicoanalítica y consultora institucional.

Ha ejercido su labor por más de treinta años en una clínica psiquiátrica que trataba casos de delincuentes, criminales y perversos. Fundó y fue elegida presidente honorario vitalicio de la Asociación Internacional para Psicoterapia Forense en Inglaterra, en 1991. Es miembro de la Asociación británica de Psicoterapia, del comité psicoanalítico británico, del Instituto de análisis



grupal, del grupo americano de la Asociación de Psicoterapia y de la Asociación internacional de psicoterapia de grupo.

En 1997 fue doctorada honoraria en Ciencias de la Oxford Brookes University en reconocimiento por sus trabajos desarrollando y promoviendo la psicoterapia Forense.

Autora de un libro de singular repercusión, material de lectura en varias universidades, especialmente en EE.UU., traducido al alemán, italiano, griego y turco, llamado “Madre, Virgen, Puta”, “La idealización y denigración de la maternidad”, publicado por Free Association Books, 1988. También del libro “Sadomasoquismo”, en 2002. Asimismo, fue la primera editora de una “Guía práctica para la psicoterapia Forense”, en 1997.